



“La historiografía regional de la Revolución”

p. 109-116

Álvaro Matute

*Aproximaciones a la historiografía de la Revolución Mexicana*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2005

190 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía 4)

ISBN 970-32-2780-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/449/aproximaciones.html>

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



# La historiografía regional de la Revolución

## *Nuevos horizontes historiográficos<sup>1</sup>*

Después de recorrer, en marchas algo forzadas, la historia de la Revolución en las regiones, y de analizar en ellas a casi la mitad de las entidades federativas en momentos históricos que van del Porfiriato tardío al cardenismo temprano, puede quedar la impresión de que no hubo algo así como una “Revolución Mexicana” sino una serie de acontecimientos aislados protagonizados por diferentes grupos sociales, expresión cada uno de su propia región. Con esa impresión se podría llegar a conclusiones aparentes: la Revolución es un mito o un producto de la retórica. Su existencia es obra del discurso y no de la realidad misma. La multiplicidad de experiencias regionales amenaza con la ruptura nacional, o al menos parece ponerla en crisis. El problema, entonces, es buscar los puntos en común, las estructuras profundas que pueden dar unidad a la dispersión y sentido a la incoherencia.

Existe, como debe ser, un juego entre la historia y la historiografía. La historiografía de la Revolución Mexicana ha sido “nacional” en su mayoría y con ello se ha impuesto un discurso unitario. De la misma manera, se impuso, primero, una realidad unitaria nacional a la dispersión regional en el siglo XIX. El régimen de Porfirio Díaz acabó de muchas maneras con las bases precarias de un país precario, el cual se fortaleció a partir del autoritarismo. La tendencia a crear un mercado interno nacional, a partir de la integración territorial, se vio acompañada de la colocación de personal de confianza en las gubernaturas estatales y en otros puestos que servían para ejercer el poder. Esa confianza debía representar, hasta donde fuera posible, la alianza entre las oligarquías locales y los intereses del Estado nacional. Las regiones siguieron siéndolo pero especializadas en su economía para tener una función dentro del conjunto. El avance fue innegable. El autoritarismo porfiriano venció al “federalismo” oligárquico del siglo XIX.

<sup>1</sup> Relatoría del coloquio “La Revolución en las regiones”, Guadalajara, Jal. Noviembre de 1983.



Una de las características de la revolución maderista fue hacer nacional el descontento político local. Con ella se desataron múltiples movimientos que alcanzaron su “nacionalismo” en la medida en que acabaron por integrarse a lo que después llegó a ser el nuevo Estado; al mismo tiempo se desató una diáspora en la cual quienes se ubicaron como revolucionarios y contrarrevolucionarios expresaron en la lucha armada sus inquietudes, intereses y aspiraciones. A lo largo de la década 1910-1920 no sólo fue el hecho material la destrucción de vías férreas, sino que ello tiene un contenido simbólico muy grande: se desarticuló el país, el cual se fue dispersando en movimientos regionales que trataron de imponerse unos sobre otros y de los cuales se fue formando el propiamente nacional a partir de los sectores medios que ejercieron el liderazgo, ya que la lucha entre oligarcas y desposeídos era expresión de situaciones concretas que tenían fines inmediatos en la zona en que se daban. Los sectores medios se ubicaron en el liderazgo de los movimientos “nacionales” más significativos: constitucionalismo, convencionismo, villismo, zapatismo. El triunfo de uno sobre otros hizo que los vencidos se regionalizaran y que sus contenidos dejaran de ser nacionales. A partir de ahí se generaron movimientos contrarios de índole diversa, casi en su mayoría regionales, y sólo alguno que otro de alcance más nacional, pero limitado militarmente a una sola zona geográfica.

El paso adelante fue el discursivo. La interpretación que comenzó a hacer la Revolución de sí misma fue imponiendo el discurso nacional a las regiones. Esto avanzó desde el origen hasta más o menos el L aniversario de la propia Revolución. Los productos historiográficos oriundos de los años cincuenta y sesenta, en el mejor de los casos, consistió en la recuperación de fuentes primarias que habían sido sepultadas por interpretaciones que se devanaban en el definir si la Revolución fue burguesa, democrática, social o si había muerto o aún vivía. El retorno a las fuentes primarias fue saludable. Ahí estuvo lo mejor de la herencia para quienes escribieran la historia en los siguientes veinticinco años.

La nueva investigación avanzó en dos sentidos: por uno de ellos llegó a depurar la ideología de la Revolución en función del nuevo Estado, por Arnaldo Córdova, y, por el otro, a partir de la aportación de John Womack, en 1969, se abrió la investigación hacia los actores sociales de la Revolución y hacia sus escenarios regionales. Un tipo de investigación cerraba un acto, mientras el otro lo abría. Los productos historiográficos sobre la Revolución Mexicana de los últimos quince años —dentro de los que se ubican los esfuerzos de los congresistas

del acto que hoy concluye— han comenzado a cuestionar, enriquecer, abrir y modificar el discurso historiográfico para rescatar una verdad que no pertenece al Estado sino que trata de llevarla a la base social.

Tal vez por esto todavía no se llega a la reunificación: el Estado es unitario, la sociedad, múltiple y dispersa. La historia social es regional y viceversa; es menester, a partir de ahora, reflexionar en la posibilidad de llegar al nivel nacional dentro de un discurso “claro y distinto”. Este congreso, con los análisis minuciosos de los grupos que intervinieron en los hechos, todos ellos con apoyo absoluto en fondos documentales recientemente escudriñados y con ópticas, ya sea simplemente empíricas o con base en las acertadas complejidades foucaultianas, ha aportado novedades y ha reafirmado cuestiones ya sabidas y es muestra del rumbo que ha tomado la historiografía de la Revolución. Es también, dentro de ello, sintomático, el origen multidisciplinario de sus propios productores y también el hecho de que los trabajos no sean sólo oriundos de una macro-capital del país sino de centros regionales y estatales.

La situación mueve hacia el optimismo. Creo que en los últimos quince años ningún objeto historiográfico ha sido tan beneficiado y asediado como la Revolución. Algunos de los mejores productos de la historiografía contemporánea —regional, nacional y extranjera— la han tenido como objeto. Todavía no se da, ni se puede dar, por el momento, la nueva síntesis, pero hay mejores bases para hacerla. La necesidad será recuperarla; si no es así, el análisis de grupos sociales, de bases económicas, de regiones, de individuos, de grupos de poder, de caciques y caudillos, etcétera, pueden llevarnos a saber cada vez más de cada vez menos. Si no se piensa desde ahora en la recuperación se puede llegar a la dispersión total. Lo importante será acceder a la unificación desde abajo, desde la periferia para que no se imponga de manera vertical un nuevo discurso historiográfico.

### *Nueva luz sobre el caciquismo<sup>2</sup>*

Este libro de Victoria Lerner está consagrado a un tema fundamental para la comprensión de la política mexicana: el cacicazgo. Sin la debida y exhaustiva indagación sobre este fenómeno, siempre quedará algo

<sup>2</sup> Victoria Lerner Sigal, *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación General de Estudios de Posgrado, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Archivo Histórico de San Luis Potosí, 1989, 318 p. (Colección Posgrado, 5).

## 112 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

por entender dentro de la amplia y complicada red denominada “sistema político”. De hecho, no se trata de algo novedoso; afortunadamente, desde hace varias décadas hay aportaciones valiosas, pero nunca habrá suficiente luz sino hasta que, por lo menos, hayan sido estudiados los casos más ilustrativos de esa forma de dominación tradicional denominada cacicazgo. Por ello, es importante esta obra de Lerner, que ofrece nuevos conocimientos sobre la manera en que se forma o surge un cacicazgo en una sociedad de extensión bien determinada y con características socioeconómicas peculiares. Pero antes de entrar en materia, cabe hacer otras consideraciones.

Los estudios sobre el cacicazgo han sido emprendidos por antropólogos, politólogos e historiadores; entre éstos, Moisés González Navarro y su discípulo Fernando Díaz Díaz pusieron manos a la obra tanto en el terreno conceptual como en el descriptivo o fáctico, uno con relación a los grandes caudillos de la Revolución y el otro sobre el contraste entre Santa Anna y Juan Álvarez. A partir de esos estudios, llevados a cabo entre 1968 y 1972, el campo de los historiadores no es ajeno al estudio de un fenómeno crucial para comprender el sistema político mexicano. Antes que ellos, el antropólogo Paul Friedrich y posteriormente Guillermo de la Peña y Fernando Salmerón Castro hicieron aportaciones muy importantes, sobre todo para el adecuado manejo conceptual del término. En el ámbito de los estudios aplicados, Héctor Castillo Berthier hizo lo propio en un excelente análisis de un cacicazgo urbano contemporáneo en *La sociedad de la basura* (1985). En cuanto a la historiografía, los trabajos recientes han proliferado. Un buena muestra son los reunidos por Carlos Martínez Assad en *Estadistas, caudillos y caciques* (1988), libro que abunda en ejemplos regionales de los siglos XIX y XX.

Este preámbulo es ilustrativo para señalar la pertinencia sobre lo que podría considerarse otro libro sobre Cedillo. En efecto, el rústico personaje nacido en Ciudad del Maíz, San Luis Potosí, que destacó como rebelde contra el carrancismo, fue cacique con el obregón-callismo, figura nacional al enfrentarse a los cristeros, secretario de Agricultura con Cárdenas y, por fin, último rebelde armado del siglo XX contra el propio Cárdenas. En los tiempos recientes ha llamado la atención de por lo menos cinco estudiosos, a saber: Luisa Beatriz Rojas, Romana Falcón, Dudley Ankersen, el mencionado Martínez Assad y la autora del libro que se comenta, Victoria Lerner Sigal. Ellos han dado a luz sendos trabajos en los cuales hay un fondo común, necesarios puntos de convergencia, pero también, enfoques distintos, que obedecen a intereses diversos, privativos de cada autor, y que iluminan aspectos

diferentes de una misma realidad. Algunos subrayan el carácter y quehacer rebelde de Cedillo, ya en asociación con Carrera Torres, ya solo, o en la rebeldía final de don Saturnino, esto es, la anticardenista, o en aspectos que tienden a resaltar la dinámica regional, la historia potosina y, dentro de ella, la de la zona que engendró a Cedillo; o bien, la de su entidad federativa, a la cual dominó, prolongando los efectos de un cacicazgo local y rural o agrario a un terreno legal, federativo, cuando el cacique entró en relación positiva con el caudillismo nacional con Obregón. No viene al caso realizar una comparación historiográfica de las cinco aportaciones recientes sobre ese apasionante fenómeno, sino pormenorizar una de ellas: la de Victoria Lerner.

Con un rigor metodológico nada extraño para quienes tenemos conocimiento de la autora, bien dotada por el lado conceptual y con abundancia de horas-archivo detrás (archivos locales potosinos, incluso el estatal, que copatrocina la edición del libro, y archivos puestos a la disposición del público hace pocos años, como el de Juan Barragán Rodríguez, que Lerner Sigal fue la primera en explorar), la ahora *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, está dividida en tres partes. La primera de ellas es sobre “la crisis de los propietarios de la zona cedillista, de 1914 a 1920”. Las fechas anunciadas, en realidad, son rebasadas en el pasado, es decir, el estudio se remonta hasta el Porfiriato avanzado para explicar bonanzas y decadencias de los hacendados potosinos. Aquí destaca sobre todo el seguimiento de la protección que los revolucionarios brindaron a los pequeños propietarios (¿rancheros?) de la región. Esto último permite a Lerner enlazar la primera parte con la segunda, dedicada a “las esperanzas y sufrimientos del campesinado y otros habitantes de la región” entre los mismos años de 1914 a 1920. En este renglón se desarrolla buena parte de la acción rebelde cedillista, a la vez que se presenta la reforma agraria impulsada en la región por los propios rebeldes. La tercera parte, que es continuación de la segunda, hace un extenso “esbozo de la vida político-militar en las tierras cedillistas”. Huelga decir que los años son los mismos, es decir, antes de que el gobierno de Obregón le quitara a Cedillo o al cedillismo su carácter rebelde.

Dentro de esos parámetros temporales y temáticos, Victoria Lerner se ocupa de la zona potosina que cubre los municipios de Ciudad del Maíz, Río Verde, Tamasopo, Guadalcázar, Lagunillas, Ciudad Fernández, Alaquines, Cárdenas, Cerritos y Valles. Éste es el marco geográfico o espacial del estudio en cuestión.

El aporte metodológico de Victoria Lerner se cifra en su esfuerzo, bien logrado, por cierto, de estudiar la génesis del cacicazgo en



el espacio regional mencionado, lo que ella expresa con la idea que trata de explicarlo “desde la sociedad”, al contrario de quienes hemos intentado estudiar esos fenómenos desde las cúpulas de poder y desde la política. Con ello, la perspectiva cambia y la explicación se enriquece.

Victoria Lerner estudia a los hacendados en el proceso de la banarrota, con lo cual a los historiadores ajenos a la economía siempre nos quedará la duda acerca de cuándo fueron buenos negocios las haciendas, o acaso la sospecha de que, como en todo, hay coyunturas que opacan los tiempos largos de bonanza (de los que ya se ha ocupado Jan Bazant). La decadencia de los negocios permite que otros elementos sociales ocupen el vacío dejado por los hacendados y surja el nuevo liderazgo, en este caso desde abajo, encabezado por Carrera Torres, muerto prematuramente, y por fin el de Cedillo, quien aprovecha las circunstancias del caudillismo nacional para levantarse de manera incontrovertible como el factor de dominio que impide a los grupos medios el acceso al poder. De ahí las sucesivas marginaciones del nada simpático general Juan Barragán o la posterior del interesante político Jorge Prieto Laurens; o la permanencia en el poder de otras figuras de origen medio como Nieto o Manrique, gracias al apoyo que les brindó el cedillismo en combinación con el poder que dimanaba del Palacio Nacional ocupado por los hombres de Sonora.

Victoria Lerner destaca los factores socioeconómicos que dieron lugar al cedillismo, mismos que constituyen su verdadera génesis, así como los aspectos sociales que caracterizaron a ese movimiento o fenómeno social en su etapa rebelde, que es sin duda la más pura, la que lo expresa de manera más cabal, antes de que se apoyara en el poder central para desarrollarse como un tipo de dominación tradicional, lo cual ocasiona su corrupción y decadencia. El rescate del cedillismo realizado por Lerner es el de la más pura autenticidad cedillista, lo cual, claro, no le quita autenticidad al del cacique en el poder o al del cacique desbocado de la década de los años treinta.

La aportación del presente estudio en términos del fenómeno sociopolítico del caciquismo es, como se puede apreciar, empírico-descriptiva, es decir, ilustrativa de un fenómeno concreto, bien delimitado en el tiempo y en el espacio y apoyado en una base documental ejemplar tanto por su abundancia como por su buena interpretación, entendida, a la vez, gracias al debido conocimiento de los elementos metodológicos que permiten entender y explicar un fenómeno fundamental desde el punto de vista histórico y político.

### *El Yucatán de Alvarado*<sup>3</sup>

Resulta refrescante la lectura de este libro de Francisco José Paoli, en el cual logra el intento de vincular el presente con el pasado y la experiencia particular de un estado de la República con la totalidad de ella. En efecto, el análisis de la experiencia revolucionaria que protagonizó el general de división Salvador Alvarado en el Yucatán de 1915 a 1918 arroja mucha luz sobre los orígenes del Estado mexicano moderno. Las reflexiones finales del libro son un resumen e inventario de características del Estado mexicano cuya primera puesta en práctica tuvo lugar en Yucatán. Dichas características son, entre otras, la alianza del Estado con los trabajadores, la asociación con los empresarios, la organización, el control y la orientación de la educación y el autoritarismo estatal.

Paoli parte de analizar las condiciones existentes en el Porfiriato, en la península y el estado de Yucatán, el cual vivió un desarrollo económico impresionante bajo la administración de Olegario Molina y Avelino Montes, gracias a la demanda internacional —principalmente norteamericana— del henequén y a la sujeción de los cultivadores a una condición próxima a la esclavitud, mediante el endeudamiento crónico, es decir, una mano de obra más que barata. La diferencia entre la clase empresarial, los oligarcas y otros empresarios del henequén permitieron que Alvarado desarrollara la Comisión Reguladora del Mercado del Henequén como una compañía que garantizaba los precios a los productores al tratar con el comprador. Ello permitió terminar con el endeudamiento del peón, mejorar sus condiciones de vida y promover su educación. Asimismo, fue posible gracias a que en Yucatán la lucha armada fue mínima. Mas no se trata de resumir el contenido de un libro breve y brillante, sino de llamar la atención sobre sus aciertos. La línea que sigue Paoli es la de rastrear los elementos vivos —y muertos también— que existen del gobierno alvaradista en el Estado revolucionario mexicano. Todo queda muy claro y resulta de lo más interesante ver cómo la práctica de medidas auténticamente revolucionarias se vivifican fuera de su contexto originario y cómo también esas medidas se tradujeron en legislación a través de la diputación yucateca al Congreso Constituyente de 1916-1917. La actuación del diputado Héctor Victoria es ponderada como una de las más valiosas del Congreso de Querétaro.

<sup>3</sup> Francisco José Paoli, *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado mexicano. Gobierno de Salvador Alvarado, 1915-1918*, México, Ediciones Era, 1984, 222 p. (Problemas de México, 31).



Libros como *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado mexicano* se inscriben en una línea de investigación dentro de la cual destaca *El laboratorio de la Revolución*, de Martínez Assad, y en la cual están empeñados muchos investigadores de la provincia, y del extranjero inclusive, que han comprendido muy bien que la historia de la Revolución y del Estado mexicanos tiene que enriquecerse con el examen de lo que sucedió en los niveles regionales y estatales. Cuando ese ciclo se cumpla no se habrá satisfecho una simple curiosidad, sino que se habrá llevado a consecuencias más hondas la necesidad de precisar los conocimientos sobre un hecho histórico vivo y trascendente. Por desgracia, ese saber no fue cultivado con la metodología adecuada por parte de quienes intentaron hacer la historia de la Revolución en los estados, ya que de haberlo hecho, la actual generación habría tenido un campo de estudio más estrecho.

No por objetar las excelencias del libro de Paoli, conviene ponerle algún reparo. En su simpatía por Alvarado, que comparte este reseñista, le sucede lo que a Víctor Manuel Villaseñor en sus *Memorias de un hombre de izquierda*, en relación con el general Obregón, y es lo siguiente: al glosar los artículos de Alvarado en *El Heraldo de México*, que continúan la tesis de *La reconstrucción de México*, pareciera que el voluntarismo de Obregón retrasó el proceso institucional de México hasta 1928. Es cierto que Alvarado, Martín Luis Guzmán y otros pugnaban por una mayor democratización institucionalizada, pero también es cierto que las condiciones del país en ese momento histórico reclamaban un caudillo que las negara y que, al afirmarse como tal, condujera el proceso a su propia negación. Si se entiende este aserto dialéctico queda claro que Obregón fue necesario, como también fue necesaria su desaparición. Con respecto a las buenas intenciones de Alvarado, habría que verlo más como un “grillo” que al saberse derrotado de antemano por el sonorenses, por lo menos quiso dejarlo embarrado en el pavimento de la democracia. Hay algo del bueno y el malo en el discurso, pero en rigor esto es jalar agua al molino del reseñista a costa de un libro muy respetable que da un buen ejemplo a seguir.

Sin pretensiones de profecía porque ya se siente entre los estudiosos, la Revolución debe llevar a los investigadores al Porfiriato, éste a la Reforma y así al encuentro con las raíces históricas del México contemporáneo. Por otra parte, también se debe ir hacia muchos de los individuos que, como Alvarado, concibieron un modelo del país y pusieron en práctica mucho de lo que caracterizaba al modelo. Afortunadamente hay mucho que hacer historiográfico y, por fortuna, ese que hacer se enriquece con aportaciones como ésta de Francisco José Paoli.